

EDITORIAL

CUANDO LA ESPERANZA NOS VISITA

Desde sus comienzos la fe cristiana consideró a la resurrección de Cristo no solamente con relación al pasado como cumplimiento de las profecías divinas, sino principalmente en relación al futuro, como anticipación y garantía de la salvación venidera al final de los tiempos.

Mientras el progreso científico y tecnológico amenazaba con absorber al hombre moderno en el torbellino de las aspiraciones hacia un mejor nivel de vida, el tema de la esperanza comenzaba a suscitar un interés creciente en la gente de nuestro tiempo. Y es que el hombre y el mundo hay que considerarlos no tanto por lo que son o han sido, sino por lo que están llamados a ser.

Entonces surge una doble tentación propia de los seres humanos: pensar que todo tiempo pasado fue mejor, o quizás, de hablar y preocuparnos demasiado de su futuro. Parecería que olvidamos nuestro tesoro máspreciado: el presente. Es curioso, que Dante presente el infierno de manera simbólica, como el horizonte donde no hay cabida para la esperanza: “Pierdan toda esperanza al traspasarme”.

Lo más cercano a la esperanza es siempre el fluir del presente: El profeta Isaías dice: “no recuerden las cosas pasadas, no piensen en lo antiguo. Miren, voy a hacer algo nuevo, ya está brotando ¿no lo notan?” (Is 43). Si somos sinceros, habría que decir que en ocasiones ¡no lo notamos! Ya sea porque el miedo y las seguridades nos hacen mirar hacia atrás (fuera del mundo), ya sea porque el desencanto nos ha detenido en la amargura y hasta en el cinismo (ni en el mundo ni fuera del mundo) o ya sea porque estamos demasiado cerca de la realidad sin la debida distancia, sin el debido discernimiento (en el mundo siendo del mundo): ¡no lo notamos!

La Buena Noticia es que el Padre ha enviado a su Hijo a este mundo. Es en este mundo que el poder del Maligno empieza a perder terreno: “Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo”. Ese mundo egoísta está amenazado de muerte por el reino de los cielos: “Si por el poder de Dios expulso a los demonios, es que ha llegado a ustedes el reino de Dios” (Lc 11,20). Por eso, el miércoles de ceniza se nos recuerdan aquellas palabras del evangelio que son como la clave que

descifra la forma de entrar a ese reino de paz, de justicia y de amor: “El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; conviértanse y crean en la Buena Nueva” (Mc 1,15). San Pablo dice que a pesar de vivir en el destierro, saboreaban ya los goces de la Patria: “nos hizo sentar en los cielos con Cristo”.

El problema es que tenemos miedo a la muerte, pues pensamos que al no tener ya cuerpo, tampoco tendremos conciencia de existir, de terminar nuestra existencia con la aniquilación de nuestro ser. Todavía resuenan en las paredes del cenáculo las palabras de Jesús resucitado: ¡No tengan miedo!

Nuestro tiempo no está cargado sólo de dolor, surgen también los brotes de una nueva vida que quiere emerger entre nosotros. La esperanza cristiana va más allá de los logros personales, camina delante de nosotros y provoca una tensión en el espíritu que nos impulsa a planear y a realizar nuestros proyectos. Hay quien dice que vivimos en cuanto que aspiramos y proyectamos, pero ¿qué sentido tiene esforzarse en la vida si no podemos dar el paso a una plenitud, a una existencia más allá del mundo en que vivimos; simplemente no podemos evitar la visita de la hermana muerte. Pero precisamente es en ese sumergirnos en la hondura de la existencia, es donde se nos revela que el núcleo íntimo de nuestro ser humano consiste en el anhelo irresistible de vivir.

¡No tengan miedo! La resurrección es un verdadero anticipo del final de la historia desde el interior de ella misma, que purifica nuestra mirada de todo pesimismo histórico y tiene la fuerza de encaminarnos hacia direcciones insospechadas del Espíritu. Hölderlin decía que la noche y el peligro, son también lugares donde “crece lo que nos salva”. Quien camina al ritmo de la noche, confiado en el amor misericordioso del Padre descubre una presencia novedosa que nos sorprende, conmueve y encamina.

San Francisco de Asís invitaba a brindar festivamente por ellos: “Salud en los nuevos signos del cielo y de la tierra, que son grandes y muy excelentes ante Dios y que por muchos religiosos y otros hombres son considerados insignificantes” (1CtaCus 1). Para brindar hay que ir a la fiesta de la vida. Para brindar hay que dejar fuera el vestido de luto, de muerte) y de tristeza. Para brindar hay que

aprender a distinguir el buen vino de los sustitutos genéricos. Y lo más bello del brindis es que en el choque de las copas uno encuentra y es encontrado por el otro. El tintineo de las copas en la vida es la síntesis lograda de cielo y tierra, entre la fe y la historia.

El único final de la historia, según la fe cristiana, es que no hay final: la resurrección es la cancelación de la muerte como palabra definitiva sobre nuestras vidas. Esta promesa sobrepasa el horizonte que puede captar la mirada, alimenta así nuestra hambre de sentido mientras vamos por el camino. No obstante que el cielo es el destino definitivo y eterno, la única realidad verdaderamente sustancial y definitiva, el sentido de nuestro peregrinar por el mundo, nos cuesta trabajo percibirnos como hombres y mujeres celestes: “Ahora vemos como en un mal espejo, confusamente. Entonces veremos cara a cara”.

Nuestra vida no tiene su fundamento en un universo de falta y de dolor. Si bien es cierto que éstas existen, la fe nos dice que tenemos como horizonte un universo donde sobreabundan la gracia y el amor. ¿Por qué no vivir nuestra pascua como un paso a la vida y a la plenitud? Ciertamente, para llegar a la pascua hay que pasar por la pasión, pero como Flannery O’Connor escribe en una carta: “es cierto que el sufrimiento es una experiencia que compartimos con Cristo, pero ocurre lo mismo con todas las experiencias que no están empañadas por el pecado. El gozo, por ejemplo, puede ser en sí una experiencia redentora”.

Y entonces nuestra imagen de Dios y del mundo adquieren un nuevo matiz. La Biblia nos dice que cuando Dios asentaba los cimientos de la tierra, “yo [la sabiduría] estaba junto a él, como aprendiz, yo era su encanto cotidiano, todo el tiempo jugaba en su presencia: jugaba con la bola de la tierra, disfrutaba con los hombres” (Prov 8, 29. 31). El profeta Isaías escribe: “Sión, ya no te llamarán más abandonada ni a tu tierra desolada; a ti te llamarán mi complacencia, y a tu tierra, desposada, porque Yahvé se complacerá en ti y tu tierra será desposada [...] Y con gozo de esposo por su novia se gozará por ti tu Dios” (Is 62, 4). El evangelio de Mateo retoma esta idea de un Dios que sabe gozar: “Servidor fiel y cumplidor, participa del gozo de tu señor” (Mt 25, 21). Todo el misterio de la Encarnación queda matizado por el gozo, desde el momento de la anunciación se le invita a Mar-

ía al gozo: “Alégrate, llena de gracia”. El motivo de esa alegría es que “el Señor está contigo”. Y es que la lógica de Dios es una lógica de felicidad. ¡Cómo nos hemos alejado de la alegría de la creación y de la salvación!

La idea de fondo que sostiene nuestro destino es que el Dios en el que creemos los cristianos es un Dios feliz, y que al momento de crear impregna toda su obra con amor y felicidad.

Que en esta pascua, el Señor nos conceda resucitar, y ser signos de una estrella que aún titila en medio de la noche, atrayendo a todos hacia la vida (cf. Mt 2,1-3). Es la esperanza del amor que nos visita cuando le abrimos las puertas de nuestro corazón.

